

pararse al oficio de las armas; antes de ser recibido caballero, pasaba por los grados de paje y escudero.

La religión santificaba esta institución, y la recepción en la orden de caballería se hacía por un acto religioso. El caballero juraba entonces permanecer fiel á Dios y á su honor, defender á la Iglesia, las viudas y huérfanos, y guardar con inviolabilidad la palabra prometida. La clase que más influía en la sociedad y que por su posición independiente y privilegios estaba exenta del respeto á toda autoridad, fué transformada en un cuerpo destinado á ser el más fuerte apoyo del orden social y político, y hacer un inmenso servicio á la civilización.

La fusión de caballería con la vida monástica, dió lugar á las órdenes militares, siendo los principales: la orden de los Hospitalarios ó de San Juan, llamada más tarde la orden de Malta; la orden de los Templarios y la orden Teutónica. Las tres se crearon en tiempo de las Cruzadas; tenían por principal objeto hacer la guerra á los musulmanes, proteger á los peregrinos y defender el reino de Jerusalén contra sus enemigos. Los que entraban en estas órdenes añadían á los tres votos monásticos ordinarios de castidad, pobreza y obediencia, un voto cuarto, que era el de defender ó hacer la guerra á los enemigos de nuestra Religión. Estas órdenes se sometieron á la jurisdicción inmediata de la Santa Sede, y alcanzaron grandes privilegios. Poco á poco se fueron haciendo ricas, y obtuvieron vastas posesiones en todos los países de Europa.

El gran Maestre que se hallaba al frente de cada orden, ejercía en ellas un poder casi absoluto; estaba, sin embargo, asistido de un consejo, compuesto de grandes dignatarios de la orden, y que tomaba parte en la administración general. Estas órdenes se distinguieron por la valentía heroica que mostraban sus miembros en la guerra contra los musulmanes.

Godofredo de Bouillón murió un año después de la toma de Jerusalén, probablemente en Jafa, cuyas murallas hizo reconstruir. Murió sin dejar hijos, y conforme á la constitución del reino, su hermano Balduino, conde de Edesa, le sucedió en el trono. Balduino fué reconocido á pesar de la oposición de algunos señores que se habían pronunciado en favor de Boemundo de Antioquía. Dió la investidura de Edesa á su primo Balduino de Borgoña, y se distinguió por su bravura y legalidad. Derrotó cerca de Escalón un ejército egipcio, que había ido para reconquistar la Palestina, con el socorro de los cruzados, que los venecianos, genoveses y pisanos habían llevado en sus escuadras. Acón se hizo una estación importante para el comercio de estos tres pueblos.

El reino de Jerusalén era sin cesar el blanco de los ataques de dos enemigos: los griegos y los príncipes turcos de Iconium y de Irac. El emperador Alejo quiso obligar á Boemundo de Antioquía á que reconociera su autoridad; pero fué rechazado con pérdidas por parte de este príncipe que marchó en socorro del condado de Edesa, que estaba atacado por el sultán de Irac. Sin embargo, el ejército cristiano fué enteramente derrotado; Balduino de Borgoña y su primo Joselino cayeron en manos de los turcos, y no recobraron la libertad sino mediante un rescate. Boemundo murió poco tiempo después, dejando á su hijo menor, Boemundo II, bajo la tutela de Tancredo, su tío. La toma de las ciudades de Trípoli y de Sidón acaba de aumentar el poder del reino de Jerusalén, cuando la muerte se llevó á Balduino I, después de una afortunada expedición contra el Egipto. Sucedióle su primo Balduino de Borgoña, conde de Edesa.

Balduino II cedió el condado de Edesa á Joselín de Telbacher. Pero Joselín no tomó á pecho la defensa de este país contra los turcos, motivando fuese sorprendido por el sultán de Alepo y hecho prisionero; el rey Balduino, que fué á socorrerle, sufrió la misma suerte, quedando dos años cautivo. Sin embargo, la ciudad de Tiro fué tomada con la ayuda de los venecianos, y Balduino II, que acababa de recobrar la libertad, renovó con toda energía la guerra contra los turcos, pero murió en una expedición contra la ciudad de Damasco.

Melisenda, hija mayor de Balduino II, casó con Foulques de Anjou, y llevó en dote á su marido el reino de Jerusalén. A pesar de su bravura, el hijo político y sucesor de Balduino II, no logró detener la decadencia del reino. Raimundo de Poitou, á quien había dado la investidura de la principalidad de Antioquía después de la muerte de Boemundo II, se vió obligado á reconocer la autoridad del emperador griego Manuel; por otra parte, el poder siempre creciente de Zeuki, príncipe de Alepo, que había ya sometido á su cetro la mayor parte de la Siria y que amenazaba á la vez á Damasco y á Jerusalén, puso á Foulques en la necesidad de concluir una alianza con el sultán de Damasco. Esta alianza concluyó con la muerte de Foulques, que dejó la tutela de su hijo menor, Balduino III, á su viuda Melisenda. La reina, mal aconsejada, declaró la guerra al sultán de Damasco; el ejército cristiano fué completamente derrotado. Nurédino, hijo de Zeuki, atacó entonces al condado de Edesa, y terminó por arrancarle del poder de Joselino. La pérdida de Edesa y la alianza de Nuredino con el sultán de Damasco, amenazaban al reino de Jerusalén con una próxima ruina.



El grito de socorro lanzado por los cristianos de Oriente halló eco en Occidente, y provocó la segunda cruzada.

El obispo de Gibelet, en Siria, acompañado de un gran número de sacerdotes y de caballeros, se dirige á Vitervo, donde se encontraba el soberano pontífice. Una revolución en Roma había obligado al Papa Eugenio III á buscar un asilo en Francia. La relación de los embajadores cristianos hizo llorar al jefe de los fieles. «Las desgracias de Edesa, y el infortunio que amenazaba á Jerusalén, difundieron por todas partes la consternación y el dolor; escribe M. Michaud. Los gritos de alarma resonaron por todo el Occidente. Cuarenta y cinco años habían transcurrido desde la restauración del Santo Sepulcro, el espíritu de los pueblos no había cambiado: en todas partes se corría á las armas.

Eugenio III encargó á San Bernardo que predicara esta cruzada. A su voz, los pueblos y los reyes de la cristiandad vinieron á alistarse bajo las banderas de la Cruz. Nacido de una noble familia de Borgoña ocho días antes de la conquista de Jerusalén, San Bernardo, desde su más tierna juventud, había entrado en la vida religiosa, con todos sus numerosos parientes y treinta nobles, arrastrados por su palabra y por su ejemplo. No tenía más que veintidós años cuando se presentó á Cîteaux á la cabeza de las piadosas tropas que había reunido. Basta pronunciar el nombre de Claraval para recordar la gloria de San Bernardo. Nótese en su época dos partidos ó pasiones que dividían la sociedad europea: el uno arrastraba á los cristianos al desierto monástico, y el otro hacia el camino de Jerusalén. San Bernardo fué la brillante expresión de este doble entusiasmo religioso, fué el hombre de esta doble pasión que removía entonces el mundo, y los cronistas del siglo XII nos hablan del prodigioso poder de su palabra. El abate de Claraval, á pesar de su constitución débil y delicada, estaba dotado de una actividad infatigable, de una obstinación ardiente, y de una noble voluntad que le empujaba sin cesar hacia el fin señalado. El había llegado á ser el alma y la lumbrera de Europa; y los acontecimientos y las necesidades de su tiempo le hacían abandonar incesantemente sus robles y sus hayas, objetos de su mayor cariño. Muchos concilios aceptaron sus decisiones. Con las solas armas de su palabra, derribó al antipapa León é hizo que Inocencio II se sentase sobre la Silla de San Pedro. El Papa Eugenio III y el abate Sugerio eran discípulos suyos. Los prelados, los príncipes y los monarcas tenían como á una gloria el seguir sus consejos, creyendo que Dios hablaba por su boca.

El rey de Francia, Luis VII, y á ejemplo suyo un gran número de señores franceses, tomaron la Cruz.

Nos dice la crónica que todos los barones y caballeros aplaudieron la elocuencia del abate de Clarañal, y se persuadieron que él era el intérprete de la voluntad divina. He aquí las palabras de San Bernardo, después de haber hablado de la toma de Edesa y de la desolación de los Santos Lugares:

«Vosotros lo sabéis, añadió; vivimos en un tiempo de castigo y de ruina: el enemigo de los hombres ha contaminado con su hábito de corrupción el mundo entero, y sólo se ven salteadores de caminos en todas partes. Las leyes de la patria y las leyes de la religión no tienen fuerza alguna para contener el escándalo de las costumbres y el triunfo de los malos. El demonio de la herejía ha ocupado la cátedra de la verdad. Dios ha maldecido á su santuario. Oh, vosotros, todos los que me escucháis, apresuraos pues á apaciguar la cólera del cielo, y no imploréis más su bondad con vanos gemidos; no os cubris más con cilicios, sino con vuestros escudos invencibles. El estrépito de las armas, los peligros, los trabajos y las fatigas de la guerra, he aquí la penitencia que Dios os impone. Id á espíar vuestras faltas por medio de victorias obtenidas sobre los infieles, y que la restauración de los Santos Lugares sea el noble premio de vuestro arrepentimiento».

Estas palabras del orador excitaron un vivo entusiasmo en la asamblea de los fieles, y como Urbano en el concilio de Clermont, San Bernardo fué interrumpido con repetidos gritos: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* Entonces levantó la voz, como si hubiese sido el intérprete del cielo, prometió, en nombre de Dios, el buen éxito de la santa expedición y continuó así su discurso:

«El Dios del cielo ha empezado á perder la tierra santificada por sus milagros y consagrada con su sangre; tierra de salvación en la que las primeras flores de la resurrección han aparecido. Hoy estos Santos Lugares, teñidos con la sangre del cordero sin mancilla, están en poder de la espada enemiga de nuestra fe, y nuestros pecados son los que han atraído esta tempestad sobre el santuario de la religión.

» Si alguno viniese á anunciaros que el enemigo ha entrado en vuestras ciudades, que os ha arrebatado vuestras esposas y vuestros hijos, y profanado vuestros templos, ¿quién de vosotros no correría á empuñar las armas? Pues bien, estos males y aun mucho peores han llegado; la familia de Jesucristo, que es la vuestra, ha sido dispersada por el acero de los paganos; los bárbaros han destruido la casa de Dios y se han repartido su herencia. ¿Qué aguardáis, pues, para reparar tantos males y para vengar tantos ultrajes? ¿Dejaréis á los infieles contemplar tranquilamente el botín que han hecho en los pueblos cristianos? Pensad que su triunfo será un



objeto de inconsolable dolor por todos los siglos y un oprobio eterno para la nación que lo ha sufrido. Sí; el Dios vivo me ha encargado el anunciaros que él castigará á los que no le habrán defendido contra sus enemigos. Volad, pues, á las armas. ¡ Que una santa cólera os anime en el combate y que el mundo cristiano repita estas palabras del profeta: *Desgraciado de aquel que no tiña con sangre su espada!*

» Sí; el Señor os llama á su propia defensa, vosotros no creeréis sin duda que su mano sea hoy menos poderosa; en su voluntad está el enviaros doce legiones de ángeles ó de pronunciar una palabra, y sus enemigos rodarán por el polvo; pero Dios ha mirado á los hijos de los hombres, y quiere abrirles el camino de su misericordia; su bondad ha hecho nacer para vosotros el día del perdón. Vosotros sois los que ha elegido para ser el instrumento de su venganza, á vosotros quiere él deber la ruina de sus enemigos y el triunfo de su justicia. Sí, el Dios Todopoderoso os llama á expiar vuestros pecados defendiendo su gloria y su nombre. Guerreros cristianos, he aquí combates dignos de vosotros, combates en los que la victoria os atraerá las bendiciones del cielo y de la tierra, ó la muerte será para vosotros un triunfo. Ilustres caballeros, acordaos del ejemplo de vuestros padres, que han conquistado á Jerusalén, y cuyo nombre está escrito en el libro de la vida. Tomad la cruz: esta cruz es poca cosa por ella, pero si vosotros la lleváis con devoción, os valdrá la conquista del reino de Dios ».

Mientras que San Bernardo predicaba de este modo la Cruzada en las provincias de Francia, un religioso alemán, llamado Rodolfo, que tenía la misión de llamar á los fieles á tomar la cruz, exhortaba á los pueblos del Rin á escarmentar á los judíos, que él representaba por medio de sus vehementes discursos como aliados á los musulmanes, y los enemigos más peligrosos de la Religión cristiana. El abate de Claraval, temiendo el efecto de estas predicaciones, corrió á Alemania para imponer silencio al sedicioso apóstol. Como el religioso alemán había halagado las pasiones de la muchedumbre, fué preciso, á fin de poderle combatir, todo el ascendiente de su virtud y de su fama; atreviéndose á hacer llegar su voz á un pueblo irritado, con el fin de advertirle que los cristianos no debían perseguir á los judíos, sino rogar al cielo por su conversión, y que la caridad cristiana mandaba perdonar á los débiles, y no declarar la guerra sino á los soberbios. El predicador de la Cruzada impuso al fin silencio al turbulento orador, y le envió á su monasterio, recordándole que el deber de los padres no era el de predicar sino el de llorar; y que debía mirar « las ciudades como cárceles, y la soledad como su paraíso ».

Nos ha quedado una relación contemporánea de esta persecución de los judíos. El autor de la mencionada relación, que era judío, después de haber dicho que Dios envió al abate Bernardo al socorro de Israel, sumido en una mortal angustia, añade estas notables palabras: « Alabado sea el que nos ha socorrido ». Así que el santo orador llegó á Alemania, el imperio germánico empezaba á respirar de los largos disturbios que habían seguido á la elección de Lotario. Conrado III, revestido con la púrpura, acababa de convocar en Spira una dieta general. El abate de Claraval se dirigió hacia ésta, con el fin de predicar la guerra contra los musulmanes y la paz entre los príncipes cristianos. San Bernardo suplicó muchas veces al emperador Conrado que tomase la cruz, y le exhortó después en conversación particular, y renovó sus exhortaciones en los sermones predicados en público. Conrado no podía resolverse á prestar el juramento de ir á combatir á los infieles de Asia, á causa, según decía, de recientes turbulencias del imperio germánico: sábese que estaba ocupado en la guerra contra la casa de Westf. San Bernardo hizole observar que la Santa Sede le había colocado sobre el trono imperial, y que el Papa y la Iglesia mantendrían su obra: « Mientras que vos defendáis su herencia, le dijo, el mismo Dios se encargará de defender la vuestra; Él gobernará vuestros pueblos, y vuestro reino será el objeto de su amor ». Cuando más resolución manifestaba el Emperador, más redoblaba San Bernardo el ardor de su elocuencia para persuadirle. Un día que el orador de la Cruzada celebraba el Santo Sacrificio de la Misa delante de los príncipes y de los señores convocados en Spira, interrumpió de repente el divino sacrificio para predicar la guerra contra los infieles. Al finalizar su discurso, representó el último día en que todas las naciones de la tierra comparecerán delante del tribunal de Dios, de este día terrible que la elocuencia del santo abate tan bien pintada á los ojos de su numeroso auditorio. Jesucristo armado con su Cruz, rodeado de sus ángeles, se dirigía al emperador de Alemania, y le recordaba los bienes de que le había colmado echándole en cara su ingratitud. Conrado de Alemania, vivamente afectado de lo que acababa de oír, levantóse por un movimiento espontáneo, y exclamó con las lágrimas en los ojos: « Yo sé lo que debo á Jesucristo, y juro ir á donde su voluntad me llame ». Entonces el pueblo y los grandes, que creyeron ser testigos de un milagro, se pusieron de rodillas, y dieron gracias á Dios. Conrado recibió de manos del abate de Claraval la señal de los Cruzados, con una bandera que estaba colocada sobre el altar y que el mismo cielo había bendecido. Un gran número de barones y de caballeros, al ejemplo de Conrado, tomaron la cruz, y la dieta que se había reunido para deliberar sobre los intereses